

LA HEREJIA NACIONALCATOLICA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

LAS vísperas del inicio del segundo congreso de Unión de Centro Democrático, convocado para la mitad de enero, más la degradación de la situación políticoeconómica —sin olvidar la intoxicación informativa de rigor que es habitual en nuestro país— están creando en el ambiente político, cada día más desconectado de la realidad, la sensación de que estamos viviendo los últimos momentos del presidente del Gobierno. En cierto sentido este otoño-invierno de 1980 recuerda al verano-otoño de 1976 en el que casi nadie apostaba por el futuro político de Adolfo Suárez. Aunque ya nadie se atreve a escribirlo existe en el mundillo de la política la impresión de que sería «un gran error, un inmenso error» su continuidad en el palacio de la Moncloa.

Y la analogía histórica entre estos períodos es tan similar que, con toda seguridad, esta confusión preludia también otra nueva etapa política del dirigente del partido gubernamental. Para los intereses sociales que representa no es cierto que no gobierne, ahí están un conjunto de leyes y disposiciones gubernamentales de inequívoca orientación, y si es cierto que el paro y el terrorismo son dos consecuencias de una seria crisis económica que padece todo el sistema socioeconómico en el que estamos insertados. Porque a la hora de hacer un análisis riguroso todos estos sectores procuran dejar en el perchero los

clisés o estereotipos que responsabilizan únicamente a un hombre del deterioro del panorama políticoeconómico.

De ahí que la causa de toda esta desorientación, que no hace de una realidad objetiva basada en una contestación global de todos los intereses representados en el partido gubernamental, haya que encontrarla en la realidad subjetiva de la rebelión de los demócratas cristianos de UCD que pretenden de hecho invertir las siglas —UDC por UCD— y agradecer los servicios prestados al actual presidente del Gobierno. Aunque para ser rigurosos habría que hablar con más exactitud de la fonda del nacionalcatolicismo. En efecto, dejando al margen la digna excepción de Fernando Álvarez de Miranda, los rebeldes de Unión de Centro Democrático nada tienen que ver con la CEDA y, por el contrario, si mucho que ver con el sector de nacionalcatólicos que colaboraron ampliamente con el anterior régimen a lo largo de sus cuarenta años.

Instituciones y leyes orgánicas

Esta tendencia, que es la más fuerte de Unión de Centro Democrático si se exceptúan los independientes agrupados en torno a Rodolfo Martín Villa, centra hoy todos sus objetivos en la dirección de disminuir los pode-

res del actual presidente del Gobierno en relación con el partido gubernamental y en aumentar gradualmente su control de la organización centrista. Y este ataque, que no busca por ahora sustituir a Adolfo Suárez, no nace únicamente de la proximidad del segundo congreso, sino de su simultaneidad con las discusiones parlamentarias de dos proyectos de ley que afecten esencialmente a la Iglesia en el doble plano ideológico y económico: el divorcio y la enseñanza universitaria.

No se trata de que estas leyes lesionen intereses fundamentales de la jerarquía eclesiástica sino de que, muy limitada y prudentemente, apunten a recortar mínimamente privilegios de una de las más importantes instituciones de nuestro país. El problema surge, recuerdan los nacionalcatólicos, cuando ninguna de las restantes instituciones han tenido que pagar ningún precio a la izquierda durante la transición política. ¿Por qué ha de ser la Iglesia la que en exclusiva pague un cierto consenso con la izquierda y por qué no distribuir proporcionalmente este pago entre todas las instituciones? O proclaman, más sencillamente, que no es necesario pagar nada a una izquierda en profunda crisis y perpetua división. Si la reivindicación republicana, la amnistía a los oficiales del ejército implicados en la UMD, la segunda parte de los pactos de la Moncloa y la neutralidad de facto ante la OTAN han desaparecido



-conforme a los deseos de estas instituciones- ¿por qué seguir con el divorcio y la hegemonía de la enseñanza pública?

El paralelismo del ataque parlamentario y de la ofensiva partidista interna refleja la conexión entre uno y otro movimiento. A través de esta doble presión, desde arriba y desde abajo, intentan conseguir un doble objetivo: la menor erosión para sus intereses en las leyes a aprobar y una paulatina inversión en la correlación de fuerzas en el partido gubernamental. No van a derribar a Suárez, entre otras razones porque no pueden, sino a cercarle y a avanzar o afianzar sus posiciones en el partido político que representa todos los intereses de la derecha española que se mueve en un marco constitucional y democrático.

El talón de Landelino

Y es que esta ofensiva carece de fuerza más allá de la que reúne en sí misma el nacionalcatolicismo. Al responder muy concretamente a un interés afectado no cuenta con aliados de peso ni con alianzas sustanciales. Al no poder presentar, tampoco, una alternativa socioeconómica diferenciada de la que lleva a cabo el actual Gobierno no puede ni siquiera intentar hacer una seria labor de zapa en el resto de las instituciones y de las fracciones del partido gubernamental. No hay hoy una sola razón para que los nacionalcatólicos puedan desarrollar una eficaz política de alianzas dentro o fuera de su partido.

Para los intereses sociales que defiende Unión de Centro Democrático no hay ni puede haber un programa sustancialmente distinto del elaborado por el actual Gobierno; pero sí puede haber en el futuro, no en estos momentos, una alternativa política que enfocase más rigida y energicamente la aplicación del mismo programa económico-social. Mas en este caso los nacional católicos, en el supuesto de coincidir con ese enfoque,

encontrarían muchos más competidores por su derecha. Ese es el talón de Landelino de toda esta ofensiva que busca debilitar a Adolfo Suárez recreando el clima del verano de 1976.

Porque lo contradictorio de esta premisa, si fuese cierta, es que ahora no sería prólogo de un salto democrático hacia delante, sino un decisivo paso atrás en dirección de la más completa involución. En la medida en que se recreara la situación que describen estarían cavando su propia tumba política. En su triunfo cosecharían su propia derrota. Frente al vigente programa económico del Gobierno no pueden presentar una alternativa y frente a su línea política no hay más opción que la rígida existente más allá de los límites del partido gubernamental. Es por lo que, al menos hasta el momento, no le queda más camino que centrar sus reivindicaciones en la necesidad de democratizar el partido. Reivindicación importante, en cualquiera de los partidos que actúen en el arco constitucional, pero que de por sí no es ningún factor movilizador. Son los problemas de fondo, nunca los de forma, los que marcan la agonía de un líder, experiencia o línea.

Un punto de equilibrio

Con lo que, paradójicamente, esta ofensiva no hace más que reforzar a quien intentan devaluar. De hecho este ataque convierte a Adolfo Suárez en un árbitro entre las distintas tendencias e intereses que se dan cita en Unión de Centro Democrático: su caída a manos de los nacionalcatólicos sería considerada como un «casus belli» por los socialdemócratas y viceversa. Y, al mismo tiempo, su objetivo de consolidar y desarrollar sus posiciones consigue el mismo efecto reforzador al acudir las restantes tendencias al presidente del Gobierno para no ser perjudicadas en el nuevo reparto de poder que pretenden los nacionalcatólicos. Ya que existe el te-

mor, entre los que crearon UCD es el sector que más ha crecido cuantitativa y cualitativamente, de que intentan un compromiso de Yalta interno que distribuya las áreas de poder al 50 por ciento entre ellos y los independientes en detrimento de los otros grupos.

Así, poco a poco, el presidente del Gobierno va transformándose en un punto de equilibrio interno muy semejante al punto de equilibrio externo que es en la actual inestable correlación de fuerzas en la vida política española; si en el parlamento más allá de Suárez es intolerable para la derecha y menos acá inaceptable para la izquierda; en el partido más a la izquierda que Suárez no es admisible para los nacionalcatólicos y más a la derecha no es de recibo para los socialdemócratas. De esta manera el partido gubernamental, curiosamente, reproduce en su seno este peculiar empate político del que sale favorecido -independientemente de sus intenciones, fallos o aciertos- Adolfo Suárez.

Por ello está asegurado su completo triunfo en el segundo congreso de Unión de Centro Democrático. Por encima del aparato de su propio partido, sin necesidad de recurrir a tácticas de dimisión, tiene ganada esta batalla política. Victoria que obedece muchísimo más al «impasse» de una situación, a la inexistencia de alternativas opuestas a la que encabeza, que a su capacidad política. Su triunfo no nace tanto de lo que hace como de lo que no pueden hacer sus adversarios. Es justamente este carácter de su éxito político, producto de la miseria creciente que es la vida política española, el que hace que no estemos delante de una victoria pírrica. Todo lo contrario. Es un triunfo de largo alcance. De ahí que el nacionalcatolicismo no sea en la actualidad más que una herejía en Unión de Centro Democrático y que esté lejos el concilio-congreso que lo convierta en la ortodoxia del principal partido de la derecha. ■ F. L. A.

RAMON

